

APRENDER A QUEDARSE

Irene tiene quince años y vive en una ciudad que no siente suya.

Cuando sus padres se trasladaron, todo parecía sencillo. Un cambio, una oportunidad, empezar de nuevo. Ella también lo pensó. Creyó que bastaría con aprender nuevas calles, unos nuevos horarios. No imaginó que lo más difícil no sería orientarse en el mapa, sino entender a las personas.

En clase escucha más de lo que habla. El idioma le llega a medias, como una canción mal sintonizada. A veces reconoce las palabras, pero no el sentido. Otras veces entiende la frase entera, pero no el tono. Las bromas pasan rápido, se apoyan en gestos, miradas, referencias que ella no tiene. Cuando cree que debería reírse, los demás ya están hablando de otra cosa.

Entonces sonrío tarde. Y eso también se nota.

Hablar le da miedo. Equivocarse delante de todos. Pronunciar mal, usar una palabra que no encaja, responder algo que no era lo que se esperaba. Cada frase es un cálculo. Cada silencio, una forma de protegerse.

En el instituto nadie la espera. Nadie dice su nombre al verla llegar. Se sienta dónde queda un sitio y procura no llamar la atención. Aprender a ocupar poco espacio, a pasar desapercibida, a no interrumpir conversaciones que no la incluyen.

A veces oye su nombre dicho de forma distinta, con acento exagerado, acompañado de risas. Otras veces no oye nada, pero nota las miradas. El idioma la delata incluso cuando no habla. La deja fuera aunque esté sentada en la misma aula.

Sus compañeros se mueven con naturalidad. Se interrumpen, se entiende sin terminar las frases, se ríen sin explicarse. Irene observa desde fuera, intentando memorizar cómo se pertenece a un sitio. Le gustaría entrar en esa normalidad, pero no sabe por dónde.

En los recreos se queda sola. Saca el móvil sin encenderlo, como si esperara un mensaje que no llega. Escucha conversaciones fragmentadas que no son para ella. El ruido del patio le resulta lejano, como si estuviera detrás de un cristal.

Sus notas han bajado. Antes estudiar era algo automático, ahora las palabras del libro se mezclan con las del aula y ninguna termina de quedarse. Lee despacio, vuelve atrás, se cansa rápido. Hay un agotamiento que no se va durmiendo y una tristeza que aparece sin avisar.

Algunos compañeros se ríen de cómo pronuncia, de su acento, de que siempre vaya sola. A veces son comentarios sueltos, otras veces imitaciones, risas compartidas que no necesitan palabras. Irene aprende que el silencio también puede herir. Que no hace falta insultar para dejar a alguien fuera.

Ha perdido su vida anterior. No de golpe, sino poco a poco. La ha ido perdiendo en los detalles: en no saber a quién contarle algo, en no tener a dónde ir después de clase, en no sentirse parte de nada. La vida que tenía antes sigue existiendo en su cabeza, intacta, pero demasiado lejos.

La echa de menos como se echa de menos a alguien que ya no va a volver. El camino conocido, las voces familiares, la facilidad de ser. Aquí todo cuesta mucho.

Un día va al médico. No porque ella lo haya pedido, sino porque ya no puede esconderlo. Le hacen preguntas que contesta con frases cortas. Le dicen palabras que no termina de entender del todo, pero que pesan. Después empieza a ir al psicólogo.

Las primeras sesiones son incómodas. Se sienta en una silla y mira alrededor. No sabe por dónde empezar. Piensa que lo suyo no es tan grave, que hay personas con problemas de verdad. Hablar de lo que ha perdido le parece exagerado, como si no tuviera derecho a quejarse, en realidad se siente avergonzada, piensa que a lo mejor es culpa suya.

Poco a poco entiende que cambiar de idioma no es solo cambiar de palabras. Que quedarse callada también cansa. Que vivir sin pertenecer duele. Empieza a darse cuenta de que lo que siente es una pérdida, aunque no haya funerales ni despedidas.

Nada mejora de repente. Sigue sin encajar. Sigue habiendo días en los que no quiere ir al instituto, días en que la tristeza pesa más que la mochila. Sigue estando sola muchos recreos. Pero ahora sabe que no está rota. Que es capaz de seguir. Que está atravesando algo.

Está pasando un duelo, no ha perdido a nadie, pero ha perdido, su vida anterior y esa versión de ella misma, el sentimiento de pertenencia. Ahora todo es provisional, incluso ella.

Le dijeron que adaptarse lleva tiempo pero no le dijeron que también duele. Ni que, a veces, aprender a quedarse es lo más difícil.

Seudónimo: Pandora (M^aNieves Pociello Bafalluy - ganadora 1º premio Categoría Mayores de 60 años)